



Disciplina para mantenerse en la senda correcta

*“Para lo cual también trabajo,
luchando según la potencia de él,
la cual actúa poderosamente en mí”.*

Colosenses 1: 29

Hemos llegado a la parte más importante de este libro. Hasta aquí hemos considerado las razones por las cuales existe el sufrimiento en nuestras vidas, poniendo atención especial al sufrimiento que Dios permite y utiliza para lograr el desarrollo y la maduración de su carácter en nosotros. En los capítulos que siguen consideraremos algunas de las características específicas de Dios y las gracias del Espíritu Santo que él anhela ver reflejadas en nosotros. Pero antes de entrar a esa nueva sección consideraremos cuatro disciplinas espirituales, es decir, hábitos que crean un ambiente especial para el cambio espiritual, que son sumamente importantes para el desarrollo de estas cualidades. Estas disciplinas nos preparan para sobrevivir en los crisoles que afrontamos en la senda que conduce a la casa del Pastor.

Introducción a las disciplinas

Permítanme aclarar desde el principio que estas disciplinas espirituales no tienen el poder de cambiarnos. Únicamente el Espíritu Santo puede transformarnos. Lo que estas disciplinas pueden hacer

es abrirnos y disponernos para que Dios pueda desarrollar sus principios en nosotros.

Richard Foster también describe el reflejo de las gracias o cualidades divinas como un viaje a lo largo del sendero. En un lado de este sendero podemos caer en la cuneta de las obras humanas. En el otro podemos caer en la cuneta causada por los fracasos de los intentos de hacerlo todo por nosotros mismos. Foster continúa: "A medida que transitamos por esta senda, las bendiciones de Dios vendrán sobre nosotros y nos reconstruirán a la imagen de Jesús. Debemos recordar que el sendero no produce el cambio; solo nos coloca en el lugar donde dicho cambio puede ocurrir. Este es el sendero de la gracia disciplinada".¹

Para mantenerse en esta senda de la "gracia disciplinada" es necesario hacer decisiones constantemente. En el mismo centro de las disciplinas espirituales están nuestras decisiones que no nos permiten compadecernos de nosotros mismos o desear abandonar el sendero cuando el crisol se pone al rojo vivo.

Yo noté las consecuencias contrastantes de nuestras decisiones durante un programa de entrevistas en la televisión. Un hombre y una mujer estaban sentados el uno al lado de la otra, en el sofá, narrando cada uno su propia experiencia. Ambos habían sido testigos del asesinato de un hijo, y estaban describiendo cómo habían podido asimilar aquella tragedia. El hijo de la mujer había sido asesinado veinte años antes y, como ella misma dijo, su ira y su amargura eran mucho mayores ahora que cuando había ocurrido el asesinato. Dijo que había estado usando pastillas para dormir desde entonces. Por la dureza de la expresión de su rostro se veía que estaba diciendo la verdad.

El hombre, en cambio, era la viva imagen opuesta. Su hija había muerto en un atentado del IRA con una bomba pocos años antes. En vez de hablar de ira y amargura, habló acerca del perdón hacia los asesinos y de cómo Dios había sanado sus heridas. No quiero

subestimar la dificultad que debe haber experimentado para soportar tales sufrimientos, pero, de alguna manera, se había convertido en una ilustración de la forma en que Dios puede sanar las heridas más profundas de nuestra vida.

Para revelar el oro puro

Job declaró: "Si me pusiera a prueba, saldría yo puro como el oro" (Job 23: 10, NVI). La esperanza de que se revelara el oro puro en él, motivaba a Job, y le ayudaba para tomar las decisiones correctas en el crisol de cada día. Después de recibir la noticia de sus enormes pérdidas financieras, mientras su esposa trataba de persuadirlo para que maldijera a Dios y se muriera, después de escuchar la noticia de la muerte de todos sus hijos, después de largo tiempo sin recibir alivio de sus dolores físicos, siguió eligiendo el camino de confiar en el Señor.

Por tanto, mientras transitamos por el sendero de la fe, ¿cuáles son las disciplinas espirituales que nos ayudarán a sobrevivir en el crisol, manteniéndonos en la ruta del crecimiento continuo hasta alcanzar el oro puro del carácter cristiano?

1. El oro se refina a través de la disciplina de una voluntad activa. Cuando éramos niños nos gustaba poner este acertijo. ¿Cuál es la única cosa que Dios no puede hacer? La respuesta que dábamos orgullosamente era: "Crear dos montañas sin un valle en medio de ellas".

Pero hay otras cosas que Dios no puede hacer. Dios no puede forzar nuestra voluntad. No puede obligarnos ni a arrepentirnos ni a obedecerle, pues de otra manera nos convertiríamos en simples peones en un juego de ajedrez celestial. En el crisol, nuestra decisión de arrepentirnos y obedecer es la clave para el cambio espiritual. Es por esto que nuestra voluntad debe convertirse en el campo de batalla en el cual choquen las fuerzas sobrenaturales que nos rodean, por-

que "esta voluntad, que constituye un factor tan importante del carácter humano fue, en ocasión de la caída, entregada al dominio de Satanás; desde entonces él ha estado obrando en el hombre para expresar y ejecutar su propia voluntad, pero para completa ruina y miseria del hombre".²

A pesar de esto, es sumamente fácil que nuestra voluntad se adormezca.

Esto me vino a la mente una vez que estaba escuchando a un famoso evangelista de televisión una mañana muy temprano. Detrás de su transparente púlpito, estaba hablando, en tonos muy suaves, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. La cámara mostró lentamente el enorme recinto, donde fila tras fila de personas sentadas esperaban expectantes. Sus manos se levantaron lentamente, con las palmas abiertas, echaron la cabeza un poco hacia atrás, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Para ellos aquella era, obviamente, una experiencia muy emocional. Mientras miraba la televisión, me vino esta pregunta a la mente: "¿Qué están esperando?"

Si les hubiera preguntado a ellos, pienso que habrían respondido que esperaban ser transformados por una nueva dotación del Espíritu Santo que el predicador estaba a punto de distribuir mediante una señal de su mano.

Me convencí de que en aquel momento yo observaba una idea, sutil, pero peligrosa, que está penetrando en todas las esferas de la cristiandad en este tiempo. Con demasiada frecuencia parecemos esperar que el Espíritu Santo haga algo en nosotros para convertirnos en personas piadosas. Incluso podemos usar mal la oración en este caso. Si tenemos un problema contra el cual estamos luchando, se nos anima a orar mucho más.

No quiero que esto parezca confuso. He comenzado redes de oración y he escrito artículos sobre la necesidad de orar más durante todo mi ministerio. Pero eso no es todo lo que necesitamos hacer. Si lo único que hacemos es sentarnos a orar, estaremos insinuando en

realidad que Dios todavía no nos ha dado una medida suficiente de su Santo Espíritu, y que seguiremos orando hasta que podamos convencerlo de que nos dé suficiente poder para arreglar nuestros problemas. El peligro está en convertir a la oración en un sentimiento, esperando convencer a Dios que haga algo que en realidad él espera que nosotros hagamos.

De modo que, si bien el Espíritu Santo está a la cabeza de la transformación espiritual, es nuestra respuesta al Espíritu Santo lo que determina el cambio.

Para ayudarnos a entender esto, hablemos un poco de cómo describe Jesús la venida del Espíritu Santo a sus discípulos en Juan 16. Jesús lo describe como el Consolador y el Espíritu de verdad. "Pero yo les digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir" (Juan 16: 7, 8, 13).

Cuando Jesús explicó la función del Espíritu Santo dijo a sus discípulos que el rol principal del Consolador era convencernos de pecado. Sin embargo, el Espíritu Santo no puede obligarnos a arrepentirnos. Y, como el Espíritu de verdad, revelará las grandes verdades de Dios, pero no puede obligarnos a que creamos en ellas. En ambos casos, a menos que hagamos una elección consciente de arrepentirnos y creer, el gran poder del Jesús resucitado no podrá hacer mucho por nosotros. Nuestra voluntad se interpone firme como una puerta de hierro entre la revelación de lo que necesitamos hacer y la transformación que sigue.

2. El oro se refina a través de la disciplina de la lucha. Yo tenía una amiga que estaba poniendo toda su energía en la lucha por re-

flejar el carácter de Cristo. Los cambios que se veían en ella eran asombrosos, pero tiempo después declaró: "Ya no seguiré luchando, esta lucha es demasiado agotadora".

En un mundo donde el deseo de tener comodidad es muy fuerte, la idea de sudar y esforzarse por el evangelio puede parecer extraña a nuestra creencia de cómo debería ocurrir la transformación. Sin embargo, Pablo habla constantemente de este esfuerzo decidido en la lucha cristiana.

A los colosenses les escribió: "Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1: 29). La palabra que Pablo usa y que se traduce como "lucha" es de donde viene la palabra agonizar, y se usaba para describir los esfuerzos de los atletas en sus competencias. Si bien es importante notar que Pablo no luchaba solo, sino con el poder de Dios, todavía debía hacer un gran esfuerzo. Esto significa que el poder de Dios no es necesariamente un sentimiento cálido y agradable que nos hace sentir algo maravilloso en nuestro interior. El poder de Dios puede estar totalmente desprovisto de emociones, pero todavía está presente, y nos fortalece, incluso en medio de nuestros sufrimientos.

En nuestra experiencia cristiana luchamos contra tres poderes significativos:

Primero, luchamos para vencer nuestras emociones. Sea que nos guste o no, nuestras vidas están dominadas por fuertes estímulos emocionales. La televisión, la música, los anuncios, todo está diseñado para evocar una respuesta emocional dirigida a obligarnos a actuar sin pensar. ¿Cuántas veces hemos decidido comer, comprar algo, ir a algún lugar, basados en nuestros sentimientos? Y lo que terminamos comiendo, comprando o haciendo, puede tener muy poco en común con los propósitos de Dios para nosotros. De modo que cuando estoy luchando para hacer lo correcto mientras las circunstancias juegan con mis emociones,

todavía tengo que decidir hacer lo correcto, no importa cómo me sienta.

Segundo, luchamos para vencer hábitos profundamente arraigados. Vivimos saturados por una cultura que trata constantemente de seducirnos con la necesidad de sentirnos bien todo el tiempo, y la tentación de pensar que Dios debiera hacerse cargo de todo el trabajo duro. Pero yo leo citas como la siguiente con sospecha: "Para recibir ayuda de Dios, el hombre debe reconocer su debilidad y deficiencia; debe esforzarse por realizar el gran cambio que ha de verificarse en él; debe comprender el valor de la oración y del esfuerzo perseverantes. Los malos hábitos y costumbres deben desterrarse; y sólo mediante un decidido esfuerzo por corregir estos errores y someterse a los sanos principios, se puede alcanzar la victoria. Muchos no llegan a la posición que podrían ocupar porque esperan que Dios haga por ellos lo que él les ha dado poder para hacer por sí mismos. Todos los que están capacitados para ser de utilidad deben ser educados mediante la más severa disciplina mental y moral; y Dios les ayudará, uniendo su poder divino al esfuerzo humano".³

Sin embargo, Jesús personalmente nos desafía con la acción decisiva: "Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti" (Mat. 5: 29). Sí, es probable que todos estemos de acuerdo con Jesús y que todos queremos vivir una vida de radical discipulado. Pero vivir ese discipulado puede ser un desafío. Mientras vivamos dentro de un cuerpo pecaminoso podemos esperar que así sea.

Tercero, luchamos para vencer poderes sobrenaturales de maldad.

Si bien luchamos contra nuestras emociones y nuestros hábitos profundamente arraigados, nuestra mayor lucha es contra Satanás. Fue desde muy temprano en mi ministerio que Dios me abrió los ojos a la realidad de que "no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra

los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efe. 6: 12).

En muchas ocasiones he sentido una intensa presión espiritual y física alrededor de mí, haciéndome sentir deprimido y cansado. Un miércoles, cuando estaba tratando de escribir un sermón, me sentí más y más frustrado porque no podía sacar ningún pensamiento coherente de mi mente y Dios parecía muy distante. Esa noche, mientras daba vueltas y más vueltas en mi cama, me pregunté si no habría una razón sobrenatural para mi lucha. Pedí a Dios que si Satanás estaba involucrado obrara para vencer su poder. Al instante un gran peso literalmente se quitó de sobre mí y como si un canal directo me comunicara con el cielo.

En varias ocasiones, incluso hablar de la batalla contra las fuerzas sobrenaturales ha hecho que las cosas comenzaran a moverse alrededor de la habitación. Una vez, después de describir esta batalla sobrenatural en un campamento juvenil, cuatro señoritas corrieron de regreso a la carpa de reuniones muy asustadas. Cuando iban de regreso a su cabaña, una enorme bola de luz comenzó a dar vueltas alrededor de ellas entre los árboles.

Hace apenas unos días, recibí una carta electrónica de mi socia en la oración. Ella se estaba preparando para asistir a un estudio bíblico con un amigo. Sin embargo, su amigo tenía un terrible dolor de cabeza y no sabía si asistiría o no. Así que ella comenzó a orar por él. Ella escribió: "Ni siquiera había terminado de pronunciar la frase "Señor, si este dolor de cabeza proviene del enemigo, Satanás, repréndelo y échalo de aquí. Si es por...". Antes de que terminara mi segunda frase, él gritó: "¡Se ha ido, mi dolor de cabeza se ha ido!"

Quiero dejar bien claro este hecho: No todo lo que sale mal se debe a la interferencia de Satanás. De hecho, enfocarse demasiado en su obra puede ser, no sólo inútil, sino peligroso, pues las personas pueden llegar a enfocar su mente en Satanás y no en Dios. Creo que es lo que hace la Biblia no refiriéndose directamente y con frecuencia

al engañador y su obra. Sin embargo, al mismo tiempo, he descubierto que mucha gente es tan ignorante de las intervenciones de Satanás en nuestra vida, que fácilmente pueden desarrollar una actitud displicente ante la vida y subestimar el poder de nuestro enemigo con gran peligro personal.

También es importante reconocer que con frecuencia Satanás utiliza a otras personas para causarnos dolor. Noté esto con mucha claridad una vez cuando una mujer me llamó e inesperadamente dijo en el teléfono: "¡Bueno, probablemente a usted no le caemos muy bien nosotros, y a nosotros usted tampoco nos cae bien!"

Como ella era maníaco depresiva, yo sabía que no se sentía bien. Fui tan cortés como me fue posible, y puse su comentario fuera de mi mente. O al menos así pensé. El problema fue que a medida que pasaba el tiempo, su comentario me molestaba más y más. Cuando llegaron las cinco de la tarde me sentía completamente terrible. Esto era tan inusual en mí, que comencé a preguntarme si Satanás no estaría involucrado. Se suponía que esa noche dirigiría yo una reunión de oración, pero estaba yo experimentando sentimientos tan abrumadores de desesperación y abatimiento, que me estaba paralizando. Llegó un momento en que estuve a punto de cancelar la reunión. Mientras manejaba preguntándome qué hacer, de repente dije: "¡En el nombre de Jesús, Satanás, apártate de mí!"

Hasta el día de hoy todavía no sé por qué dije aquellas palabras, pero su efecto fue inmediato y dramático. Fue como si un increíble peso físico se me hubiera quitado de encima, e inmediatamente el corazón se me llenó de un gozo increíble. Aquel gozo era tan poderoso, que cuando llegué a la casa donde celebraríamos la reunión de oración, la gente miró la extraordinaria sonrisa que brillaba en mi rostro, la que yo estaba tratando de ocultar, y me preguntó asombrada: "¿Qué le ocurrió?"

Satanás estaba, definitivamente, obrando contra mí en aquella ocasión, pero si Dios no me hubiera inducido a pensar en la posibi-

lidad de que el enemigo estuviera involucrado, obrando a través de aquella persona que había pronunciado aquellas palabras hirientes, yo habría comenzado a sentirme resentido contra aquella mujer y habría faltado a la reunión de oración.

Cuando estamos bajo presión Satanás procurará mantenerse invisible. Lo que desea es que nos enredemos peleando con la gente, en vez de reconocer el poder que está obrando detrás de ellas. Sin embargo, a menos que comprendamos lo que está pasando en realidad, nos sentiremos tentados a pelear con la gente, y el proceso de refinamiento del oro en nuestras vidas se detendrá.

No sugiero que consideremos agradable la lucha. Y tampoco deberíamos buscarla. Sin embargo, la lucha es una parte inevitable de la vida que vivimos como seres humanos pecadores en un mundo pecaminoso. Si decidimos permanecer fieles, no importa cuán difícil y doloroso sea, nuestro Padre usará la lucha para refinarnos.

Elena G. de White dice que Dios utiliza nuestras luchas para fortalecernos y anima a aquellos que afrontan situaciones difíciles: "Con frecuencia los hombres oran y lloran a causa de las perplejidades y obstáculos que confrontan. Pero es el propósito de Dios que les hagan frente a las perplejidades y obstáculos, y si mantienen firme el principio de su confianza hasta el fin, decididos a llevar a cabo la obra del Señor, él les despejará el camino. Alcanzarán el éxito mientras luchan con perseverancia contra las dificultades aparentemente insuperables, y con el éxito experimentarán el mayor gozo".⁴

3. El oro es refinado a través de la disciplina de la perseverancia. Muchos de nuestros crisoles requieren disciplina y perseverancia. Esto quedó poderosamente ilustrado una oscura noche a la orilla del río Jaboc.

Jacob había estado teniendo problemas con Labán y su familia y la situación se estaba volviendo insostenible. "También Jehová dijo a Jacob: Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, y yo estare

contigo" (Gén 31: 3). El problema era que Jacob no había visto a su hermano Esaú desde que había huido con la primogenitura robada. Jacob obedeció el mandato de Dios, y él y sus enormes posesiones se pusieron en movimiento. Mientras hacía el histórico viaje hasta los ángeles fueron a recibirlo (Gén. 32: 1). Pero después de enviar un mensaje a su hermano, recibió la alarmante respuesta: Esaú venía con cuatrocientos soldados.

Después de fraguar un plan de escape en caso de ataque, Jacob tomó a sus esposas y a sus once hijos y cruzó el río Jaboc. Luego pasó la noche solo. Pero un inesperado enemigo apareció, y comenzó una pelea. "Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma" (Gén. 32: 24-30).

Lo interesante de esta historia es que tan pronto como Dios tocó a Jacob en la cadera, esta se dislocó y Jacob ya no pudo luchar más. La historia de Jacob destaca la tensión que usted puede haber estado sintiendo en todo este capítulo. En primer lugar, toda transformación es obra de Dios. Pero esta obra de Dios raramente se produce sin importantes decisiones y grandes esfuerzos de nuestra parte. Jacob luchó con Dios hasta que obtuvo la bendición que anhelaba, perseverando con fe. Y Dios recompensó su perseverancia. De hecho, parece que Dios estaba probando a Jacob para ver si la fe de su siervo en sus promesas perseveraba a pesar del dolor. Si Jacob se hu-

quiera dado por vencido después de que su cadera quedó dislocada, nunca habría recibido su bendición. Fue porque resistió toda la noche de lucha y porque soportó el indescriptible dolor, que Jacob recibió la bendición prometida muchos años antes.

¿Puso Dios a Jacob deliberadamente en esta angustiada situación? Imagino que tendremos que esperar hasta el cielo para saber la respuesta exacta, pero considere esta observación. "El Señor con frecuencia nos coloca en situaciones difíciles para estimular un mayor esfuerzo. En su providencia ocurren a veces contratiempos especiales para probar nuestra paciencia y nuestra fe. Dios nos da lecciones de confianza. Él nos enseñará dónde volvernos en busca de ayuda y fortaleza para el tiempo de necesidad. De este modo obtenemos conocimiento práctico de su divina voluntad, que necesitamos con mucha urgencia en las experiencias de la vida. La fe crece en fortaleza en medio de los conflictos con la duda y el temor".⁵

Este conflicto con la duda y el temor surgió mientras hablaba con un compañero pastor. Su matrimonio, que tenía pocos años de haberse realizado, estaba casi destruido y él estaba exhausto en la búsqueda de soluciones. Apenas lo conocía y solo teníamos treinta minutos juntos. Él me explicó su situación y las constantes batallas que tenía que librar con Dios y la desesperación que se estaba apoderando de sus oraciones. Bastaba verlo para comprender que estaba al borde de un colapso nervioso. Pero mientras más hablaba, más me convencía yo de que su lucha se debía a una falta de fe. Estaba pidiendo la ayuda de Dios, pero yo no estaba seguro de que realmente creía que Dios podía hacer algo por él. Traté de explicarle la necesidad de ejercer fe en estas situaciones, y pedir la ayuda de Dios no era lo único que hacía falta. Lo insté a reclamar las promesas de Dios con certeza. Oramos juntos durante unos momentos, y luego nos despedimos.

Me encontré otra vez con él tres semanas más tarde y estaba radiante. Me explicó con mucha emoción que se había arrodillado y

suplicado fervientemente que Dios le diera fe: fe para sí mismo y para su esposa, y cómo estaba ejercitando la fe que tenía. En pocos días su matrimonio experimentó una transformación total. Cuando recuerdo las reuniones que tuvimos, puedo ver de nuevo su radiante rostro. Dios había realizado un milagro, pero se le había requerido a él que perseverara y aguantara con valor.

4. El oro se refina a través de la disciplina de la comunión. He dedicado este capítulo deliberadamente a poner énfasis en nuestra necesidad de seguir haciendo decisiones como parte importante del proceso de refinamiento del oro. Para mí, al menos, nuestra cultura emocional y del menor esfuerzo está minando nuestro discipulado en muchas formas. Pero en resumidas cuentas, la disciplina de una voluntad activa, la disciplina de un esfuerzo resuelto, y la disciplina de la perseverancia, todas tienen un propósito: mantener nuestros ojos fijos constantemente en Cristo. Esta es una disciplina en sí misma, porque hay muchas razones para evitar una comunión íntima con Dios.

Durante un período especial de mi ministerio llegué a estar completamente abrumado por una cantidad de chismes que circularon con respecto a mí. Como tengo la tendencia a tomar demasiado en serio estas cosas, me puse tan deprimido que incluso decidí hablar con mi médico. También tuvo un efecto devastador sobre mi comunión con Dios.

Con el tiempo comprendí que no podía continuar descuidando mi comunión con Dios. Decidí reiniciar mi estudio de la Biblia. También anhelaba conocer el secreto del éxito de Moisés en la dirección de un pueblo que murmuraba contra él y se le oponía constantemente.

La primera mañana abrí mi Biblia y comencé a orar. No había dicho todavía muchas palabras cuando una voz interrumpió mis pensamientos.

“Las pruebas que has afrontado en los últimos años no han ocurrido porque la gente ha sido muy crítica. Han ocurrido porque no has pasado suficiente tiempo conmigo cara a cara”.

Yo estaba asombrado y casi abrumado por la enormidad de lo que me estaba ocurriendo. Pero Dios todavía tenía algo más que decir.

“He permitido que todo se venga abajo alrededor tuyo, para que sepas cuán fuerte eres en realidad”.

Me sentí abrumado. ¿Cómo había podido olvidar todo lo que Dios me había enseñado acerca de la dependencia de él al principio de mi ministerio? Decir que aquella fue una experiencia humillante sería subestimar aquella humillante experiencia. Pero Dios tenía razón. No había yo mantenido mi comunión con él y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

Había olvidado que es solo “contemplando como seremos transformados. A través del estudio y la contemplación más profunda del carácter de Cristo, es como su imagen se refleja en nuestras vidas, y se le imparte un tono más alto a la espiritualidad de la iglesia. Si la verdad de Dios no ha transformado nuestro carácter a la semejanza de Cristo, todo nuestro profeso conocimiento de él y de su verdad no es más que metal que resuena y címbalo que retiñe”.⁶ No importa si somos cristianos recién nacidos, o líderes maduros y experimentados, esta verdad es aplicable a todos.

Siga mirando hacia arriba

Si queremos vivir de acuerdo a los valores del reino de Dios en este tiempo tenemos que ser espiritualmente fuertes. La BBC informó acerca de una encuesta sobre videocintas musicales que “rompen las reglas” (Lunes 24 de julio de 2006). Las videocintas más importantes fueron consideradas rompe reglas porque contenían blasfemias contra Dios e impureza sexual. Pero en vez de desecharlos, la BBC informó que todos serían tocados en el veinticinco aniversario de la

MTV. En medio de una cultura como esta, mantenerse en la senda ciertamente no es un hecho que ocurre por accidente.

Elegir y continuar eligiendo a favor de Dios cuando estamos bajo las presiones del crisol, solo pueden hacerlo los cristianos que viven una vida rigurosa. Porque están decididos a no ver nada sino a Cristo y a Cristo crucificado. De modo que para nosotros que somos tentados a dejar de mirar hacia arriba a causa de las presiones que nos rodean, Pablo tiene un recordatorio muy estimulante. "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col. 3: 1-4).

Padre,

Vivir en el crisol es difícil.

*Pero por favor, que nunca olvide yo
tu presencia conmigo,*

*Que nunca vacile en caer a tus pies,
con una disposición a arrepentirme,
a aprender y a obedecer.*

*Por favor concédeme la fortaleza
de una mente disciplinada*

*que pueda mantenerse firme contra las presiones
de la cultura en que vivo.*

*Que tenga valor para hacer lo que es correcto
y tenacidad para mantenerme firme,
a fin de que tu obra sea terminada en mi vida.*

En el nombre de Jesús,

amén.

Referencias

1. Richard J. Foster, *Celebration of Discipline* [Celebración de la disciplina] (Nueva York: Harper Collins Publishers Inc., 1998), p. 8.
2. Elena G. de White, *Mente, carácter y personalidad*, t. 2, p. 712, 713.
3. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, p. 255.
4. *UL* 116.
5. Elena G. de White, *Testimonies for the Church*, t. 4, pp. 116, 117.
6. Elena G. de White, *Review and Herald*, 24 de abril de 1913.